

» ces..... » Esto era **hablar** como monarca y no como reformador, según lo exigía el consejo de Estado. Se quería otra constitución; y Napoleón preparaba un acta adicional á las constituciones del imperio!

El Oeste, que no habían podido sublevar, y el Mediodía sujetado tan prontamente, ponían en manos del venturoso Napoleón la Francia dispuesta á volver á entrar con entusiasmo, todavía una vez, en nombre de la libertad y de la independencia nacional, en la carrera de las armas; pero para decidirse enteramente, esperaba el manifiesto de su regeneración política de la misma boca que en el golfo Juan había proclamado su manumisión; lo esperaba de aquel que acababa de ponerla en un gran peligro, y á quien quería salvar como á sí misma. Por una fatalidad, ó por mejor decir por una obcecación inconcebible, en vez de la proclama solemne de las garantías completas debidas á la nación, Napoleón se obstinó en publicar, á pesar de la oposición de muchas personas condecoradas, y á pesar de las reclamaciones mas enérgicas de sus antiguos servidores y de sus ministros mas fieles, el

ACTA ADICIONAL A LAS CONSTITUCIONES

DEL IMPERIO. Esta promulgación hecha el 22 de abril, llenó de estupor á la capital, y la Francia supo en aquel día que Napoleón había vuelto de la isla de Elba, tal cual siempre había sido, y no un Emperador convertido á la libertad por aquellas meditaciones profundas que inspiran resoluciones magnánimas á los caracteres superiores. La indignación general de la opinión, tan cruelmente desengañada por un acto suplementario que suponía la conservación de las instituciones del absolutismo, fue mortal para Napoleón. Los amigos de la libertad legal habían recibido y saludado con entusiasmo al dictador de la patria en peligro, pero, conociendo que se habían engañado, se retiraron desgraciados y descontentos; y la nación, aunque siempre dispuesta á secundar su jefe por la salud común, dejó no obstante enfriarse aquel entusiasmo que no deja de hallar siempre prodigios en el corazón de los Franceses.

Mientras tanto, el 25 de mayo, las cuatro grandes potencias se habían obligado por un tratado á no dejar las armas de la mano, hasta haber forzado á Bonaparte á desistir de sus proyectos, y hasta ponerle en estado de no

tamentos fronterizos del Norte y del Este. Todas las ciudades se fortificaban hasta en el centro de la Francia, los desfiladeros estaban guardados, y todos los pasos atrincherados; en todas partes se construian reductos y obras de campaña, donde quiera que habia obstáculos que defender, una salida que cerrar, ó un camino que proteger. Por fin la Francia se hallaba dispuesta como una ciudadela para sostener el asalto de la Europa.

Napoleon poseia en grado superlativo la magia militar sobre el soldado frances; así es que habia vuelto á dar á los regimientos los nombres *de invencible, de terrible, de incomparable, de uno contra diez*, con los cuales habia recompensado milagros de valor, muy en breve sobrepujados por otros mas extraordinarios todavía.... Así es que de ochenta mil hombres de que se componia el ejército, al momento subió á doscientos mil soldados escogidos que entraron en las viejas filas de la guardia; los valientes marinos, inmortalizados en Lutzen y Bautzen, compusieron un cuerpo de treinta mil hombres. La gruesa caballería fue remontada con diez mil caballos de la gendarmería; treinta mil oficiales, sargentos, cabos y sol-

dados retirados ó reformados se ofrecieron para guarnecer las plazas fuertes. Por último la guardia nacional de Francia, reorganizada en trescientos treinta batallones, presentaba una masa de dos millones doscientos cincuenta mil hombres, y mil y quinientas compañías de cazadores y granaderos de ella, que formaban ciento ochenta mil hombres, se pusieron á disposicion del ministro de la guerra. Mientras tanto se fabricaban en Paris mil y quinientos, y despues, tres mil fusiles por dia; tambien se tomaron inmediatamente todas las medidas necesarias para el vestuario de las tropas; el 1º de junio, cuarenta y seis mil caballos se hallaban en línea y en los depósitos; ademas la artillería contaba con otros diez y ocho mil; y la tesorería pagaba al contado todos estos suministros; el sueldo de las tropas estaba corriente, sin que ningun otro ramo del servicio público experimentase el menor atraso; el genio y la infatigable actividad de Napoleon creaba todos estos recursos á manera de encanto; bien es verdad que el entusiasmo nacional le auxiliaba en todas partes.

Si Napoleon se hubiese contentado con ser

el dictador de la Francia en peligro, la libertad hubiéra salido airosa de sus ruinas; solo daremos por prueba lo que ocurría en el Oeste de la Francia, en las provincias de montañas, cuya naturaleza silvestre se halla en razón de los sentimientos austeros del patriotismo, pues sus habitantes manifestaron de nuevo el mismo ó mayor entusiasmo é hicieron todavía mayores esfuerzos que los que tanto los habían ilustrado por la causa de la libertad en tiempo de la revolución. En las Termopilas de los Vosges y del Jura hubo muchos ejemplos del patriotismo de los antiguos; en Alsacia y en el Franco-Condado, muchas mugeres y muchas madres, dignas de Roma y de Esparta, excitaban á sus maridos y á sus hijos á que corriesen á las armas. Napoleón estaba firmemente persuadido, en el fondo de su corazón, de la necesidad de su alianza íntima con la nación, y quizá solo le faltaba una convicción fuerte y una voz esforzada para determinarle á seguir su impulso secreto. Empero, rodeado de consejeros tímidos, careciendo de un hombre verdaderamente popular, alimentando por otra parte preocupaciones antiguas y profundas contra la fuerza

arrastradora de las masas, no se atrevió á adoptar el partido que dictaba la razón como indispensable para la salvación común, tuvo miedo al pueblo y temió por su corona imperial, cuando el 12 de mayo, oyó el lenguaje austero de los federados del arrabal de San Antonio y de San Marcelo, sin que sus aclamaciones, al pasar por entre sus filas, disipasen sus recelos; de manera que, habiendo podido organizar en el seno de la capital un ejército compuesto de gente robusta, acostumbrada al trabajo, y casi toda experimentada en las campañas inmortales de la República, nada hizo, y una fuerza tan imponente se convirtió para él en un socorro débil y limitado.

La agitación de los *clubs* ó sociedades patrióticas que había permitido de nuevo en París, y á las que Fouché, aparentando protegerlas, temía como un apóstata tiembla al recordarse de la religión que ha abandonado, fortificó todavía en el Emperador su mala disposición, lo cual tuvo consecuencias funestas. Efectivamente, las federaciones bretona, burguina, angevina y alsaciana, en vano se formaron haciendo juramentos los más religiosos en medio de cánticos populares; porque no encon-

traron en el gran sistema de la defensa general, en la que la nacion así federada, hubiera sido el arma invencible, el lugar que les correspondia. Lleno de zozobra al aspecto del ardor de aquellas federaciones, á las que se reunian todas las demas insurrecciones voluntarias de las provincias, Napoleon al aceptarlas, manifestó temer igualmente el ver renacer aquella fuerza moral, que despues de haber hecho levantar todo un pueblo bajo los estandartes de un gefe para defender su independencia contra los extranjeros, se mantuviese todavía así, despues de la victoria, para defender del mismo modo contra aquel mismo gefe las libertades patrias... Juzgó pues á los federados, y, no queriendo hacer de ellos unos ciudadanos, hizo descontentos. Una sola reflexion basta para demostrar toda la magnitud de semejante error; sin duda alguna, Napoleon era bien grande á la cabeza de lejército glorioso que vió resucitar bajo sus águilas; pero la Francia entera levántandose contra toda la Europa despues de haber elegido por dictador á semejante hombre, todavía era mas grande Napoleon y lejército podia sucumbir en la lucha; Napoleon y la Francia eran invencibles.

El 16 de abril, cien cañonazos anunciaron á la capital que el estandarte tricolor tremolaba en Marsella, Antibes y Draguignan. El mariscal Massena, gobernador de aquella division militar, fue el primero que tuvo invadido el territorio de su gobierno por Napoleon, y el último que reconoció la autoridad del Emperador. El 14 de abril daba cuenta el mariscal del atraso que habia ocasionado la presencia del duque de Angulema á la sumision de Tolon y de Marsella. Tolon, á quien el príncipe queria poner en depósito en poder de los Ingleses, no habia enarbolado hasta el 11 los colores nacionales. En contra de esta buena noticia, se supo, por cartas interceptadas, que el duque de Wellington habia salido de Viena el 25 de marzo; que el rey de Prusia volvia el 30 á Berlin; que los emperadores de Austria y de Russia partian el 1° de abril para el cuartel general de Francfort. Mientras que todo se preparaba á la guerra de la otra parte del Rhin y en Francia, tambien en Italia se pasaban acontecimientos de consideracion, que al paso que desbarataban los planes de Napoleon, dieron repentinamente á la coalicion una ventaja inesperada. Joaquin Mu-

poder turbar en lo sucesivo la paz de Europa. Por su parte, Napoleon envió el 29 del mismo mes, en vista de la relacion del duque de Otranto, la declaracion de Viena á una comision de los presidentes de su consejo de Estado, á fin que la examinasen y diesen su dictámen; resultó pues una impugnacion, que, por la energía de su estilo, por la comparacion de los hechos, la fuerza y el vigor de los racionios y los principios que contenia, no dejó largo tiempo en la duda de quien era su autor; Napoleon era el que respondia por sí solo á la Europa. Este documento, de la mayor importancia, se conservará siempre como uno de los mas hábiles y elocuentes de cuantos han salido de la pluma de un hombre de Estado, y como uno de los documentos mas curiosos de la historia de Napoleon; hará un contraste singular con el manifiesto absurdo y furibundo que lanzó de nuevo el congreso contra el enemigo comun el 12 de mayo. A pesar del cambio de estas hostilidades escritas, Napoleon creyó poder entrar en relaciones con la Rusia ó con el Austria, y conservar la esperanza del buen éxito; porque cuando salió de Paris el Rey con todos sus ministros, y la

corte, dejaron olvidado en el ministerio de negocios extrangeros un tratado secreto entre la Francia, el Austria y la Inglaterra, relativo á defender la Sajonia del desmembramiento de que la amenazaban la Rusia y la Prusia. Cuando llegó Napoleon á Paris, todavía estaban en la capital los ministros de Austria y de Rusia; y creyó que comunicando aquel tratado secreto al ministro de Rusia, lograria separar esta potencia de los intereses de la casa de Borbon, é introduciria la discordia en el congreso de Viena. En su consecuencia, se presentó aquel tratado al señor de Bandis; y se tomaron otras medidas cerca del emperador Alejandro, sin dejar de obrar con el gabinete de Londres á quien se hicieron igualmente varias insinuaciones. Despues de estas tentativas preliminares, todas ellas infructuosas, Napoleon habia creido deber responder tambien con una declaracion á la del congreso de Viena, y, el 4 de abril, escribió á los príncipes de Europa, dándoles el nombre de hermanos, el cual muy frecuentemente usurpan y profanan los reyes entre sí, aun en el momento mismo en que meditan la ruina uno de otro. Véase como estaba concebida su carta.

« MI SEÑOR HERMANO,

» Ya habreis sabido, en todo el mes último,
 » mi vuelta á las costas de Francia, mi en-
 » trada en Paris, y la salida de la familia de los
 » Borbones. La verdadera naturaleza de estos
 » acontecimientos debe ser conocida de V. M.
 » en este momento; son la obra de un poder
 » irresistible, en fin, la obra y la voluntad
 » unánime de una gran nacion que conoce sus
 » obligaciones y sus derechos. La esperanza
 » que me habia decidido á hacer el mayor de
 » los sacrificios, ha salido fallida. He venido,
 » y desde el punto en que eché pie á tierra,
 » el amor de mis pueblos me ha llevado hasta
 » mi capital. La primera necesidad de mi co-
 » razon es la de pagar tanto afecto con una
 » honrosa tranquilidad. Siendo necesario el
 » restablecimiento del trono imperial, para
 » la ventura de los Franceses, mi pensamiento
 » mas dulce consiste en hacerle al mismo tiempo
 » útil para la estabilidad del reposo de la
 » Europa. Bastante gloria ha ilustrado ya al-
 » ternativamente los estandartes de las dife-
 » rentes naciones que la componen. Las vici-
 » situdes de la suerte han hecho suceder de-

» masiadas veces grandes reveses á grandes
 » triunfos. Una palestra mucho mas hermosa
 » se presenta actualmente á los soberanos; yo
 » soy el primero que me presento á ella; porque
 » despues de haber dado al mundo el espec-
 » táculo de grandes y sangrientos combates,
 » será mas grato en lo sucesivo no conocer
 » mas rivalidad que la de los beneficios de la
 » paz ni otra lucha mas que la santa fe-
 » licidad de los pueblos. La Francia se com-
 » place en proclamar con franqueza este noble
 » objeto de todos sus deseos. Zelosa de su in-
 » dependencia, el principio invariable de su
 » política será *el respeto mas absoluto por la*
 » *independencia de las demas naciones.* Si
 » tales son los sentimientos de V. M., como he
 » tenido la feliz confianza de creerlo, la tran-
 » quilidad general se halla asegurada por largo
 » tiempo, y la justicia asentada en los confi-
 » nes de los Estados, bastará ella sola para
 » guardar sus fronteras.»

El congreso se habia adelantado demasiado para retroceder; por otra parte, la Inglaterra inflamaba todas las pasiones con sus palabras, y compraba á peso de oro todas las volun- tades; ademas, la carta de Napoleon que ju-

raba á la faz del mundo, el respeto mas absoluto por la independencia de las demas naciones, contradecia demasadamente los planes formados contra esa misma independencia por los generosos aliados, ocupados entonces precisamente en el proyecto de repartirse la Europa como una presa. Esta carta no fue recibida por los gabinetes extranjeros, los cuales temiéndose mutuamente, habian cerrado todas las avenidas para no tener la menor comunicacion con el gobierno frances. A pesar de tan riguroso interdicho, Napoleon á quien la confianza sonreia como una expresion de su voluntad, renovó sus instancias cerca de la corte de Viena; y hasta hizo sondear á Talleyrand, su antiguo ministro, á quien conocia muy bien y le conceptuaba capaz de oír y aceptar todo, si las probabilidades parecian favorables á un cambio completo de política y de conducta.

Los negocios exteriores, aunque tan graves é importantes en sí mismos, con todo no eran mas que un episodio en las meditaciones de Napoleon aplicado sin descanso á los trabajos interiores. Persuadido de que la guerra debia poner un peso inmenso en la balanza de su

suerte futura, y que solo una victoria brillante podia hacer de su nueva adopcion por los Franceses, un título irrefragable á los ojos de la Europa, no perdonaba medio alguno para asegurar el triunfo definitivo de su causa. Instruido por la experiencia, se dedicaba con ahinco á adquirir la popularidad, única cosa que da una fuerza incalculable en posiciones semejantes á la suya. Así es que, á pesar de los temores que le habian inspirado, recorrió solo las filas de la guardia nacional, cuya confianza excitó un entusiasmo universal; al mismo tiempo cimentaba habilmente la alianza de los ciudadanos con la guardia imperial, con un banquete de mil y quinientos cubiertos que dieron sus soldados viejos en el campo de Marte á la guardia nacional. Entretanto se formaban siete ejércitos con los nombres de ejército del Norte, de la Mosella, del Rhin, del Jura, de los Alpes, y de los Pirineos; el de reserva se reunia en Paris y en Laon. Habíanse formado ciento cincuenta baterías: ibáanse á poner trescientas bocas de fuego sobre las alturas de Paris; se organizaban los cuerpos francos y las partidas, y se preparaba la leva en masa de los siete depar-